



DON ANDRES MANJON

EL GRAN PEDAGOGO CATÓLICO

SU solo nombre es lo bastante para comprender, que no sólo Granada, sino España entera, haya sentido su muerte. ¿Quién no conoce su obra? En otras provincias se han establecido escuelas como las suyas, y, en sus procedimientos pedagógicos, mucho podrían aprender los que oficialmente mangonean nuestra enseñanza. Su gigantesca labor es de las que pasarán a la historia iluminada por los destellos de la fe, que fué su firme sostén en las luchas de la vida. No basta la ciencia, no basta la voluntad, es preciso el amor y su religiosidad para que se verifique el prodigio que acusa la obra del P. Manjón.

Su persona física se agranda en nuestra imaginación, al pensar en la grandeza de su corazón y de su amor a los niños, a esos seres desvalidos que tuvieron en él un padre amantísimo. Aguila de la caridad, buscó en los grandes el pan material y espiritual para los polluelos de su nido, y por su inagotable cariño pudieron piar alegres entre las frondas del Dauro, en esas escuelas que él les deparó perdidas entre perfumes, y alegradas por el canto del ruisenior.

Cuando esa generación recuerde los días de la niñez, cuando cansada de la lucha por la vida piense cuando tuvo alegría, sonreirá su rostro, evocará la figura del humilde sacerdote, y lágrimas de gratitud al salir de sus ojos calmarán sus dolores. Sí, por mucho tiempo estará dando benéficos resultados su memoria, y las madres de los niños de hoy, de esos a quienes dió pan, vestido y cultura, perpetuarán un culto de amor a su nombre, que, envuelto entre relatos de hechos caritativos, perdurará siempre en la ciudad que le adoptó por hijo.

¿Quién creyera al verlo atravesar las calles de Granada a pié o montado en su burra, clásico distintivo de los ilustres canónigos del Sacro-Monte, que aquel hombre tan modesto y mesurado en su porte exterior era uno de los catedráticos de la Universidad que más gloria habían de darle?

Aquel era un clérigo, señores de otros pueblos que os decís anticlericales, era un sacerdote; uno de tantos humildes sacerdotes de